

“UNA REFLEXIÓN POR EL DÍA DEL PADRE”

(Domingo 18 de junio de 2017)
(No. 682)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa”
(Efesios 6:2)

Mi papá se llamó Emilio Bandt López. Fue el noveno hijo de un total de once procreados por el matrimonio formado por el alemán químico cervecero Guillermo Bandt Fresse y la mexicana Guadalupe López de Bandt. Mi papá nació en Sabinas, Coah., el 18 de diciembre de 1927. La felicidad de su infancia se terminó a los tres años de edad pues su mamá falleció víctima de una pulmonía doble fulminante, días después de haber dado a luz a su última hija Gloria.

Mi abuelo, antes de irse a su trabajo, encargaba la bebida recién nacida, una nena muy bonita, muy blanca y de ojos muy verdes, a un matrimonio que vivía enfrente de su casa. Por la tarde, al regresar pasaba por ella. Así fue, hasta un día en el que al ir a recogerla, ya no la encontró y de aquel matrimonio ni sus luces. Ellos huyeron con la niña, después supimos que se habían ido a Monterrey y posteriormente residieron en El Paso, Texas.



MI ABUELO GUILLERMO BANDT

Mi abuelo los buscó por mar y tierra, pero jamás los pudo hallar. Quizá apesadumbrado por ese triste acontecimiento y como tenía una familia muy numerosa y ante la imposibilidad de atenderla debidamente, mi abuelo decidió casarse nuevamente.

Lamentablemente no escogió bien y su nueva esposa resultó ser una mujer mala. Se cree que le dio a beber un brebaje porque mi abuelo perdió la noción de quién era él, quiénes eran sus hijos y aún del día en que vivía. Todo lo contrario a su naturaleza, pues cuando estuvo en sus cabales, fue el hombre más amoroso y el más responsable que pudiera encontrarse. Mi abuelo ganaba bien y su familia nunca tuvo necesidad de nada. Tenía su coche, tirado por caballos, y llevaba a todos sus “güeritos” a la ciudad de Eagle Pass, Texas y les compraba toda la ropa que necesitaran.

Mi abuelo era generoso, no era escaso, no se andaba con medias tazas, le gustaba proveer para su familia en abundancia. Nada menos para construir la casa para su familia compró en Cd. Lerdo, Dgo. un terreno de 2,500 metros cuadrados. ÉL compraba por costales, la harina, el maíz, el frijol, el azúcar, etc. Él no adquiría la carne por kilos, sino compraba la vaca entera y la mandaba destazar y le hacían los paquetes correspondientes a los diversos cortes. Él tenía una nevera enorme.

Pero fue dañado por esa mala mujer y se olvidó por completo de todos sus hijos, lo que aprovechó su esposa para recluirlos en el orfanatorio de un hombre llamado Don Samuel. Mi padre tenía tres años y duró alrededor de siete en aquel hospicio. A los diez años escapó, siguiendo los pasos de sus otros hermanos, pues uno a uno fueron huyendo del albergue para convertirse en niños de la calle.

No es difícil imaginarse que al andar en la calle no tenía ni lo más elemental para la vida, mucho



menos ropa y ni pensar en escuela. Mi padre tuvo que abrirse paso con su propio esfuerzo. Un hombre lo vio en la calle y lo invitó a trabajar en una panadería. Tenía que levantarse a las cuatro de la mañana porque era el que repartía el pan por las casas. Si usted ha visto una película vieja donde sale un hombre conduciendo una bicicleta y con un gran canasto lleno de pan en la cabeza, haga de cuenta que está viendo a mi padre, pues él hacía eso, solo que a los diez años de edad.

Así transcurrió su vida. Cuando fue un joven se alistaba en los grupos de braceros (se llaman braceros porque prestan sus brazos para el trabajo) que iban a Estados Unidos a levantar las cosechas en los campos. En una ocasión que regresó a Cd. Lerdo, Dgo. lo halló su madrastra y le dijo que volviera a casa, pero eso lo hizo para quitarle los dólares que llevaba. Sin embargo, mi padre fue un buen hombre y nunca fue rencoroso y volvió a casa e iba y volvía de los Estados Unidos y la ganona era la madrastra.

Al poco tiempo conoció a una preciosa señorita que trabajaba como sirviente de unos italianos de apellido Trentti. Aquella preciosa muchacha se llamaba Herminia Favela Ramírez. Se enamoró de ella y comenzaron un bello noviazgo.

Posteriormente se casaron un glorioso 02 de noviembre de 1955 por el civil. Tiempo después, los hijos le hacíamos bulla a mi papá diciéndole que a quien se le ocurre casarse el día de los muertos y él decía que fue el día en que se ahorcó solito. La ceremonia religiosa fue el 26 de ese noviembre pero en misa de gallo, a las 7:00 am. Cuando nos reíamos del horario de la boda, se defendía diciendo que como a Adán, lo agarraron dormido.

Mi papá llevó a mi mamá a vivir a su casa con su madrastra. Y vino el primer bebé a quien pusieron por nombre Emilio. Mi padre siguió haciendo sus viajes a Estados Unidos como bracero, pero en una ocasión le escribió a mi mamá y le dijo que había decidido desertar del grupo e internarse más en Estados Unidos por su propia cuenta. Se fue de El Paso y llegó hasta San Antonio donde consiguió trabajo en una pasteurizadora. Sin embargo, eso lo convertía en ilegal y ya no pudo regresar a Lerdo como antes. Su madrastra, al enterarse que mi papá no regresaría por un buen tiempo y que ya no podría quitarle sus dólares, echó a mi mamá a la calle con todo y bebé de escasos tres meses de edad, en pleno invierno. Mi mamá salió de la casa con su bebé en brazos y con una cajita de cartón donde llevaba la escasa ropita del bebé que consistía en unos pañales de franela.

Sin saber qué hacer, Dios encaminó sus pasos hacia la casa de una hermana de mi padre llamada Lilly Bandt, quien a pesar de ser una mujer de muy duro corazón le dio asilo pero... -“solo por unos días”, -le sentenció severa.



**MI HERMOSA MADRE
HERMINIA FAVELA RAMÍREZ**

Pero esos días se convirtieron en años, pues mi padre tardó en regresar a Lerdo cinco años. Pero mi papá fue un hombre muy responsable, pues en forma religiosa siempre le envió dinero a mi mamá desde los Estados Unidos. Así que, si no con lujos, pero sin pasar necesidades viví con mi mamá mis primeros cinco años arrimados con mi tía Lilly a quien le agradeceré toda mi vida por habernos dado asilo.

Mi padre fue un luchador. Sus últimos diez años los dedicó a una tenaz batalla contra las enfermedades. En 1986 la arterioesclerosis apareció en sus piernas y le llevó a casi perder la vida. Lo internamos el uno de junio de 1988 y le hicieron injertos de venas y Bypass con venas de plástico. Para el día 19 de ese junio y que era el día del padre ya lo habían operado ocho veces en su pierna derecha. El angiólogo del IMSS 71 pidió hablar conmigo por separado y me dijo: -Su papá está muy grave, si no le amputamos la pierna mañana a primera hora, él morirá. Firmé los papeles necesarios.



Después de la amputación contrajo una infección terrible. Como tenía buen sentido del humor, cuando quería, nos dijo a todos: -A de ser porque usaron un serrucho todo oxidado. Vi a Mohammed, -así se llamaba el asistente del doctor que lo operó- con un serrucho en la mano y le dije: -Oye, ¿No quieres que vaya a mi casa

por mi serrucho? Hombre, creo que está mejor que el tuyo.

Aquella infección ameritó que le suministraran medicamentos muy fuertes y que lo lleváramos, todos los días, a curación. Sufrió muchísimo, porque al curarlo le tenían que exprimir el muñón para sacar todo el pus. Sus gritos desgarradores se escuchaban en todo el hospital. Así fue durante un año completo. Dios tuvo de él misericordia y usó a un doctor que estaba por iniciar sus estudios de especialidad en oftalmología, el Dr. Sergio Ramos Rodríguez, quien se ofreció a ir a la casa y hacerle las curaciones sin tener que trasladarlo. Él fue quien nos recomendó usar miel de abejas para sacar toda la infección de su pierna y funcionó.

Sin embargo, al poco tiempo comenzó con otro problema: Cáncer en la vejiga. Los médicos quisieron salvar el órgano así que sólo rasparon tratando de resacar todo el tumor, pero no fue así. Aquel cáncer retoñó con una gran fuerza y fue entonces que decidieron operarlo para retirarle la vejiga completa y adaptarle una estoma a un costado de su estómago, para coleccionar la orina. En ocasiones ponía aquella bolsa colectora dentro de otra con el logotipo de la Coca-Cola y nos decía en son de broma: -ya voy por las Cocas.

Con sus muletas era más veloz que cuando tenía las dos piernas. Todos los hijos nos unimos para comprarle una prótesis, pero casi nunca la usó porque no se podía acostumbrar a ella. Además, las radiografías revelaron que le dejaron una saliente en el hueso que dificultaba el uso de dicha prótesis y le causaba dolor.

Así que tomaba su par de muletas y no se le veía ni el polvo.

No obstante, mi padre contrajo una diabetes tan agresiva que en poco tiempo acabó con sus riñones. Como no podían dializarlo por no tener vejiga, fue necesario hemodializarlo. Fue un tiempo muy difícil para todos. La hemodiálisis, la falta de alimentación fueron minando sus fuerzas y mi padre comenzó a decaer más y más. Llegó a perder la conciencia de su situación y seguido quería arrancarse el catéter o la estoma. Había que vigilarlo todo el tiempo, así que contratamos a los nietos. Hasta los más chiquitos ya sabían que su abuelito no debía tocarse ni el catéter ni la estoma. Cuando su mano viajaba, como que no quería la cosa, hacia el catéter, el niño en turno gritaba: -¡Abuelita, abuelita, mi abuelito se quiere quitar el catéter! -Mi padre se enojaba y a su vez le gritaba a mi mamá: -Viejita o Mijita, -nunca supe como le decía- ¡Quítame esta monserga de aquí!

Mi padre fue creyente en Cristo. Hizo su profesión de fe bajo el pastorado del hermano Misael Loera López. Fue asiduo asistente a la Unión Varonil y “bombardeaba” al hermano Loera con toda clase de preguntas. Él quería saber el porqué de muchas cosas o lo que dice la Biblia respecto a diversos asuntos. Cuando yo fui el pastor de la iglesia “Cristo Viene”, él fue mi diácono.

Permítanme agregar un breve testimonio de la conversión de mi madre. Una tarde estaban mi madre, mi tía Lilly Bandt, mi prima Marta Rodríguez Bandt (hija de mi tía Lilly) y yo en las afueras de la casa donde vivíamos, misma que distaba unos cien metros del templo de la I. B. Getsemaní de Cd. Lerdo, Dgo. En eso pasó el pastor Misael Loera López y se detuvo con el grupo y les preguntó si les podía hablar de lo más importante de sus vidas: La salvación de sus almas. De inmediato, mi tía Lilly (que era Testigo de Jehová) se metió a la casa; pero mi madre, mi prima y yo nos quedamos a escuchar al pastor Loera.

Con mucha paciencia y dulzura, nos explicó el plan de salvación. Mi prima tendría unos siete años y yo cinco de edad, así que no prestamos mucha atención, pero mi mamá sí. Cuando el pastor le hizo la invitación para aceptar a Cristo ella dijo que sí. El hno. Loera enseguida le invitó a asistir a los servicios de la iglesia. Recuerdo muy bien que sonriendo le dijo: “Al cabo no está muy lejos y no tiene que cruzar ninguna calle, ¿Verdad?”. Por esos días se celebraba una Escuela Bíblica de Vacaciones y mi prima Martha asistía, quien muy contenta venía y le contaba a mi mamá todo lo que allí le enseñaban y los textos y cantos que aprendía y le pidió que me permitiera asistir con ella. Mi mamá accedió y al ver cómo me gustaba ir a la “Escuelita” ella también se fue interesando. Cuando fue el culto de clausura, ella asistió con nosotros y fue de las primeras que hizo su profesión pública de fe cuando el pastor Loera hizo la invitación.

Desde entonces mi madre se entregó de verdad al Señor. Jamás he visto a otra mujer más feliz de servir y alabar a nuestro Dios. Fue su fe y su oración persistente la que me llevó a los pies del Salvador cuando yo me aparté de sus caminos a los doce años de edad, pero ella nunca dejó de invitarme, de orar por mí y de darme testimonio de su fe en Cristo Jesús. Lo mismo puedo decir de cómo ella influyó en la conversión de mi padre y de mis hermanos. Así que podemos asegurar que la familia Bandt Favela fue un fruto del trabajo pastoral del hno. Misael Loera López.

El hecho de que mi padre conociera el evangelio lo libró de seguir los pasos de todos sus hermanos tanto varones como mujeres. Es posible que debido a que todos tuvieron una infancia infeliz, a la influencia del mundo, el crecer sin amor paternal ni maternal, todos ellos vivieron vidas muy tristes. Los varones, se casaron y tuvieron sus familias, pero todos las abandonaron. Por su parte, las mujeres, una de ellas fue madre soltera y una no pudo ser madre nunca. La otra regaló a sus cuatro hijas. Solo mi padre tuvo un hogar feliz, con una esposa que lo amó con todo su corazón y unos hijos que lo amamos y velamos por él. Pero, todo esto fue gracias a que mi padre conoció a Jesucristo como su Señor y Salvador Personal; si el evangelio no hubiera llegado a su vida, quizá hoy, sus hijos hubiéramos corrido la misma suerte del resto de la familia.

Mi padre fue llamado por el Señor el domingo 07 de julio de 1996.

Hoy, por ser día del padre hago esta sencilla recordación
Pastor Emilio Bandt Favela.

RINCÓN PASTORAL:

“Y ES VERDAD”

Al ver a mi padre muy enfermo, creí que era mi deber preguntarle si ya estaba preparado para su encuentro con Dios. Así que aproveché un día de lucidez que tuvo y hablé con él. Recuerdo sus palabras que todavía me llenan de emoción y consuelo: -Hijo, de esta enfermedad solo una de dos cosas va a resultar: O un cuerpo sanado por el poder de Cristo, o un cuerpo glorificado por su bendita obra de redención; cualquiera de ellas será una gran bendición. -Y es verdad.

“Honra a tu padre...” (Éxodo 20:12)